

LA INOCENCIA DEL AMOR

La poesía póstuma de Adolfo Cueto

Carlos Javier Morales

En 2017, pocos meses después de la muerte inesperada de Adolfo Cueto (Madrid, 1969-2016), publiqué en esta misma revista (n.º 128, marzo-abril de 2017) un artículo titulado «Adolfo Cueto y la temprana madurez de su poesía». Ahí revisaba la trayectoria poética de este malogrado autor, que comenzó publicando un primer libro de estatura muy alta y que fue creciendo maravillosamente a lo largo de los cuatro poemarios entregados en vida: *Diario mundo* (2000), *Palabras subterráneas* (2010), *Dragados y construcciones* (2011) y *Diverso.es* (2014).

Desde el segundo de estos títulos, todos llevan como subtítulo el rótulo de *work in progress*, como si cada una de estas entregas fuera la expresión de un proceso único de escritura y de vida. Y así es, en efecto: toda su obra poética nace de un único tronco, el amor erótico, bien enraizado en la realidad de su vida personal, para irse luego ensanchando en frondosas ramas (su familia, su ciudad, su país, la humanidad y el cosmos), cada vez más sorprendentes por su capacidad de iluminar nuevos rincones de esa realidad misteriosa que nunca se deja revelar del todo.

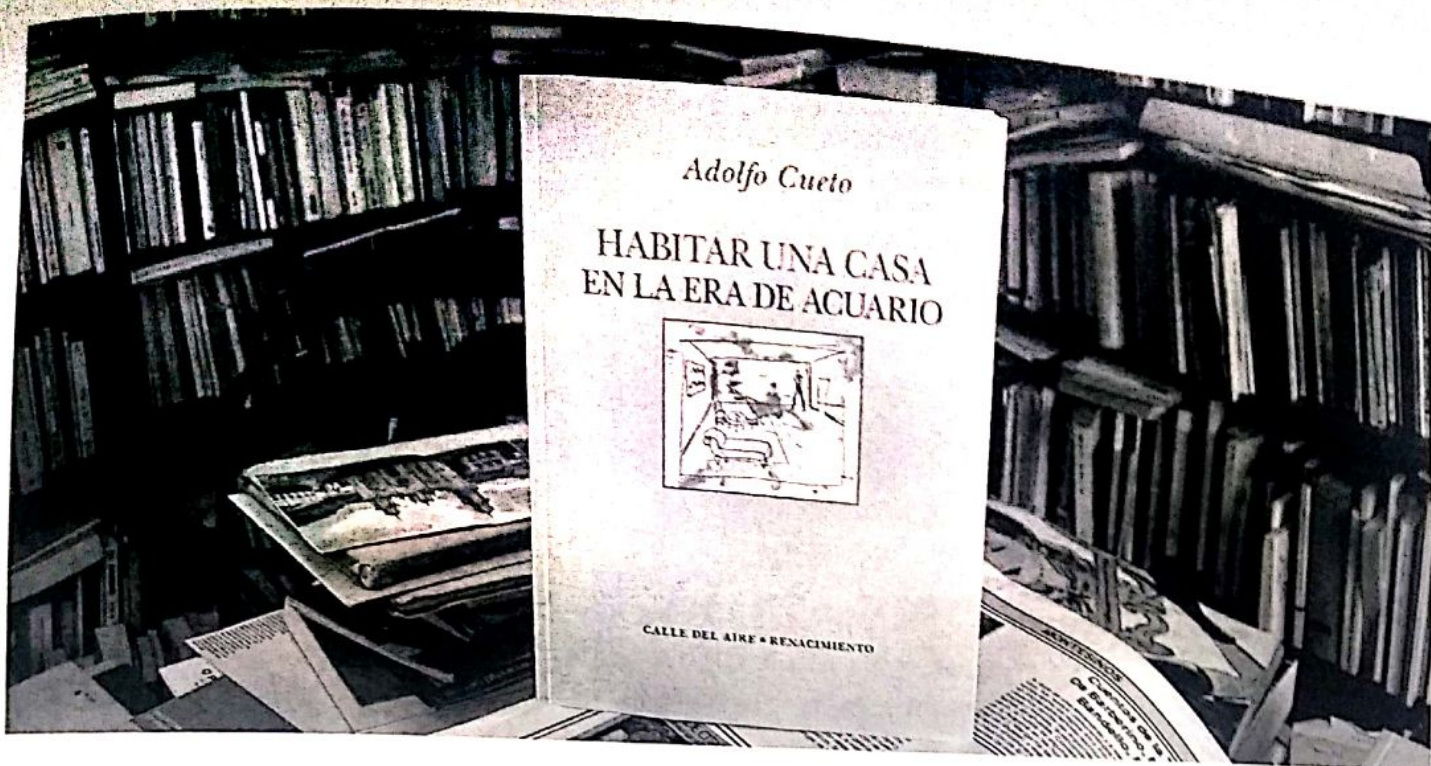
En este año de 2022 ha aparecido, por fin, el extenso volumen inédito que había escrito y ordenado el autor meses antes de su fallecimiento: *Habitar una casa en la era de acuario*, publicado por la editorial sevillana Renacimiento. El título alude a la era zodiacal de Acuario, que, según los astrólogos, habría comenzado el 21 de febrero de 2021: un tiempo de renovación en las conciencias y en las relaciones humanas. Al margen de estos cálculos esotéricos, y como bien apunta José Ramón Ripoll en el prólogo de este libro, «nuestro poeta, más que afirmarla, deseaba dicha transmutación».

De manera que este extenso poemario hasta ahora inédito está marcado por la esperanza y la alegría, muy

superiores a todas las contradicciones personales y sociales que el poeta encuentra en su camino. Y el fondo del que surge esta mirada gozosa sobre el mundo no es otro que el amor, cuya raíz se encuentra en el amor erótico, del que nacen todas las demás manifestaciones de esa única fuerza redentora. El amor erótico, como en los libros anteriores, no se cierra en la pareja, sino que desde ella se expansiona a todos los ámbitos del humano vivir: el de la familia, la amistad, la urbe (el paisaje urbano es su escenario habitual), el país, la comunidad humana en su conjunto y, por supuesto, el mundo natural que hemos recibido como don y que tantas veces corrompemos. El amor, y el amor erótico de forma ejemplar, se constituye en la fuerza salvadora de la persona, la sociedad y el cosmos. De ahí, del gozo de la comunión erótica, surge el firme proyecto ético que este libro nos propone como experiencia ya vivida, no como una lección abstracta para practicar en el futuro.

Veamos cómo se verifica tal proceso en la evolución de un solo poema, como es el caso del titulado «Teoría del cisne negro». El texto comienza mencionando las grandes barreras que coartan la libertad en nuestro mundo: «(...) Mientras vil/el metal se desmorona, cambian las tornas y arden/las pérdidas bursátiles, las tiaras, las coronas, la justicia/social. Corren tiempos/de cambio, sin/duda —no hace falta/ni hablar, porque la libertad ya sabe lo que dice/por sí, respetuosa./Ahora que todo es canto/de luz, al grito puro/del vuelo de estas aves, solo tu desnudez,/como un disco solar rojo, oscilante,/conoce mi destino. (...)/Amantes, anhelantes, delirantes. ¡Solo vivir/ardiendo, ardiendo, ardiendo!» (págs. 89-90).

Efectivamente, el amor erótico es una fuerza renovadora del yo y del mundo porque la energía incalculable de ese amor no procede de la mera pasión corporal, sino de



un activo deseo del corazón que transforma a los amantes (*ardiendo*) y los impele a transformar todo su entorno natural y humano (*ardiendo, ardiendo, ardiendo*).

Es ese ardor amoroso lo que permite a los amantes trascender su respectivo *yo* para convertirlo en un *tú* abierto al otro hasta constituir la unidad de un solo cuerpo y un solo ser. De la intensidad de esta unión dependen la sucesivas uniones de cada persona con cada uno de los otros, causa de toda esperanza en el futuro personal y social, como consta en el poema titulado «Bandas magnéticas»: «Igualmente, lo mismo que yo/no soy yo, soy este/tú, donde he entrado hasta el fondo (...)/la esperanza es de pronto este existir/tremendo, esta unidad ya en ti, nada más, todo/ya, todo yo/despojado» (pág. 88).

Este paso del *yo* al *tú* y al *nosotros* no aniquila la personalidad de cada uno, sino que respeta su libre vivir personal y su libre voluntad de comunión. La dimensión social de esta poesía es tan íntima a la vez porque nace del amor de la persona, no de una estructura colectiva impuesta desde arriba. Podemos observarlo en el poema titulado «Volviendo de Preciados», que representa lo sucedido tras una tarde de compras por esta céntrica calle de Madrid. El yo-poético, después de enumerar los elementos anónimos de una urbe y un mundo globalizados, no deja de mirar con amor a su pareja y, con el mismo amor, a cada una de las personas que encuentra

en el inframundo del mismo centro de su ciudad: «Aunque era de noche —aunque es/de noche abierta y cerrada—, subimos al cielo séptimo/en brazos de El Corte Inglés. Ciudad de terrazas despiertas y Wikipedia ahí/lo mismo. Y, mirando hacia el suelo,/comprendimos —y, mirando hacia arriba,/comprendemos por qué el cielo de Madrid/es el cielo más alto./Volvemos ya/de Preciados, cargados de huecos. Cuánto/verano helado en sucursales/de vidas expropiadas hasta la extenuación» (págs. 48-49).

Como ejemplo máximamente representativo de la relación personal que el poeta establece con cada uno de los individuos que componen el vasto entramado social, debe citarse el poema «Intersecciones». El texto se subtitula precisamente *cruce de vidas*, y se inspira en la masacre que vivió Madrid el 11 de marzo de 2004, tras los atentados perpetrados contra cuatro trenes de cercanías, con un total de 193 víctimas mortales. En el segundo fragmento de dicho poema, mirando uno de estos cadáveres desconocidos para él, el yo-poético necesita saber cuáles son sus relaciones personales, pues el *tú* de la víctima se halla siempre vinculado a otros, y estos otros marcarán también la magnitud de la injusticia y la intensidad del dolor de quien nos habla: «Dinos tu nombre, di/simplemente tu nombre para que todos sepan/cómo te llamas. Di que tenías la risa/como tus sueños, alta, la alegría

del beso/como cuando el verano. Que tu edad/era hoy —un presente constante,/más allá de estas vías—, no era ayer/ni mañana. Que respiras y sangras por los cuatro pulmones/de tus dos hijos. [...]» (pág. 31).

En consecuencia, observamos que esta capacidad expansiva del amor se abre desde el yo y el tú de los amantes a todas las personas concretas que constituyen la humanidad —nunca entendida como *masa*, sino como *comunidad*—. Tal apertura generosa se haría imposible si dicho amor no naciera desde la inocencia del amante. En uno de los poemas, titulado «Trenzas», el poeta se siente deslumbrado por la mirada y la expresión tan limpias de unas niñas que juegan: (...) Dicen las cosas grandes con palabras/pequeñas, sencillamente así, desde lo más profundo/del adentro. El mundo se lo beben, claro, de un/trago limpio. [...] (pág. 93)

Pero la inocencia perdida del poeta puede recuperarse contemplando el amor no posesivo de estas niñas, su conciencia de depender de otros y su consiguiente fragilidad: «(...) Lo comprendíamos luego, sobre ese gran silencio, /donde nada se oye, pero todo/se escucha. Fue necesaria una segunda vida para vivir/la propia, para alcanzar/la nuestra... Risas que alarga el viento, trenzas de colegialas/en su inocencia niña, donde la luz y el agua» (pág. 94).

La inocencia recuperada del adulto es la capacidad de amar al otro por sí mismo, no por un afán de dominio ni de predominio; antes bien, por un afán verdadero de comprometerse, de vincularse, de entregarse al otro: desde el tú de la amada hasta cualquier otra persona. Solo cuando el amor erótico es entrega, donación, es cuando nos sentimos y vivimos como parte del otro y de los otros. De lo contrario, el amor sería un movimiento egófica que acabaría clausurando a uno mismo y a los demás en unas sucesivas cárceles psicológicas y morales.

Esta purificación constante del que ama es lo que convierte el amor erótico y toda suerte de amor en un vínculo posible y estable, de manera que el cuerpo, la mente y el espíritu acaban consumando la tan ansiada unidad de la persona. Por eso la humanidad y el cosmos se convierten también en un mundo habitable y armónico. La ética personal es, desde el primer momento, una ética de la pareja y de la sociedad.

La expresión verbal de esta poesía, como se habrá podido intuir, se encarna en una *idea-frase* que se ramifica y se expande con otras ideas-frases que la desarro-

llan. Se trata de un lenguaje extensivo e intensivo de altísima temperatura, pero que no prolifera por el gusto de exhibir imágenes o ritmos brillantes, sino porque el discurso del amante se dirige a la amada y, desde ella, a todas las personas con las que uno y otra entran en contacto, hasta constituir un entramado infinito. En ese cúmulo de incisivos oracionales no se explica lo anterior, como si de un razonamiento complicado se tratase, sino que lo anterior se expande en frases que añaden nuevas facetas de la inabarcable realidad del mundo, tratando de desvelar un misterio que, ya de entrada, nos desborda inevitablemente.

Pongamos un ejemplo más de ese lenguaje dinámico y proliferante en nuevas revelaciones. Pertenece al poema titulado «Destello entre dos coches». En la segunda parte se produce el súbito encuentro. Veamos cómo la idea de cada frase se reformula en la siguiente, pero no para decir lo mismo, sino para revelar nuevas caras de ese glorioso acontecimiento: «Porque pasó de pronto, a tientas,/la eternidad silbando. Duró lo que un sintagma/nominal. El tiempo de un chasquido/del tiempo entre dos coches. Ciudad/bajo la lluvia lavándonos,/lamiándonos. Luces sobrevenidas/como la lluvia esta. Ventana abierta al ruido/del río turbio del hombre, cuerpos estremecidos, ritmo y compás/eléctricos. Luces parpadeando/contra el olvido aún: luces, palabras, lumbre/cuando la noche arrecia» (págs. 76-77).

El empleo continuado del encabalgamiento abrupto no obedece a un prurito de originalidad a toda costa, sino a la necesidad inesperada de decir algo más y no saber de entrada cómo decirlo, porque ese mismo decir revela una cara o un matiz hasta ahora desconocidos.

Como también se puede inducir de los fragmentos de poemas aquí citados, la imaginación de Adolfo Cueto tiene una capacidad de expansión inagotable. Sin embargo, nuestro autor no deja volar su fantasía arbitrariamente, porque la imagen simbólica empleada en cada caso no opaca el referente físico y el motivo real del que surge el poema. La imaginación de Cueto no es un mecanismo más o menos brillante, sino la consecuencia de vivir y respirar en una realidad de suyo misteriosa, incapaz de ser representada con un lenguaje estrictamente figurativo.

Sorpresa verbal que va unida siempre a una rica sabiduría poética y que, a la vez, despliega una ética apasionante: una ética nacida y ordenada al amor; no una ética del puro deber voluntarista. ■ ■